

Nº 39.

19 DICIEMBRE

1926

PÁGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE

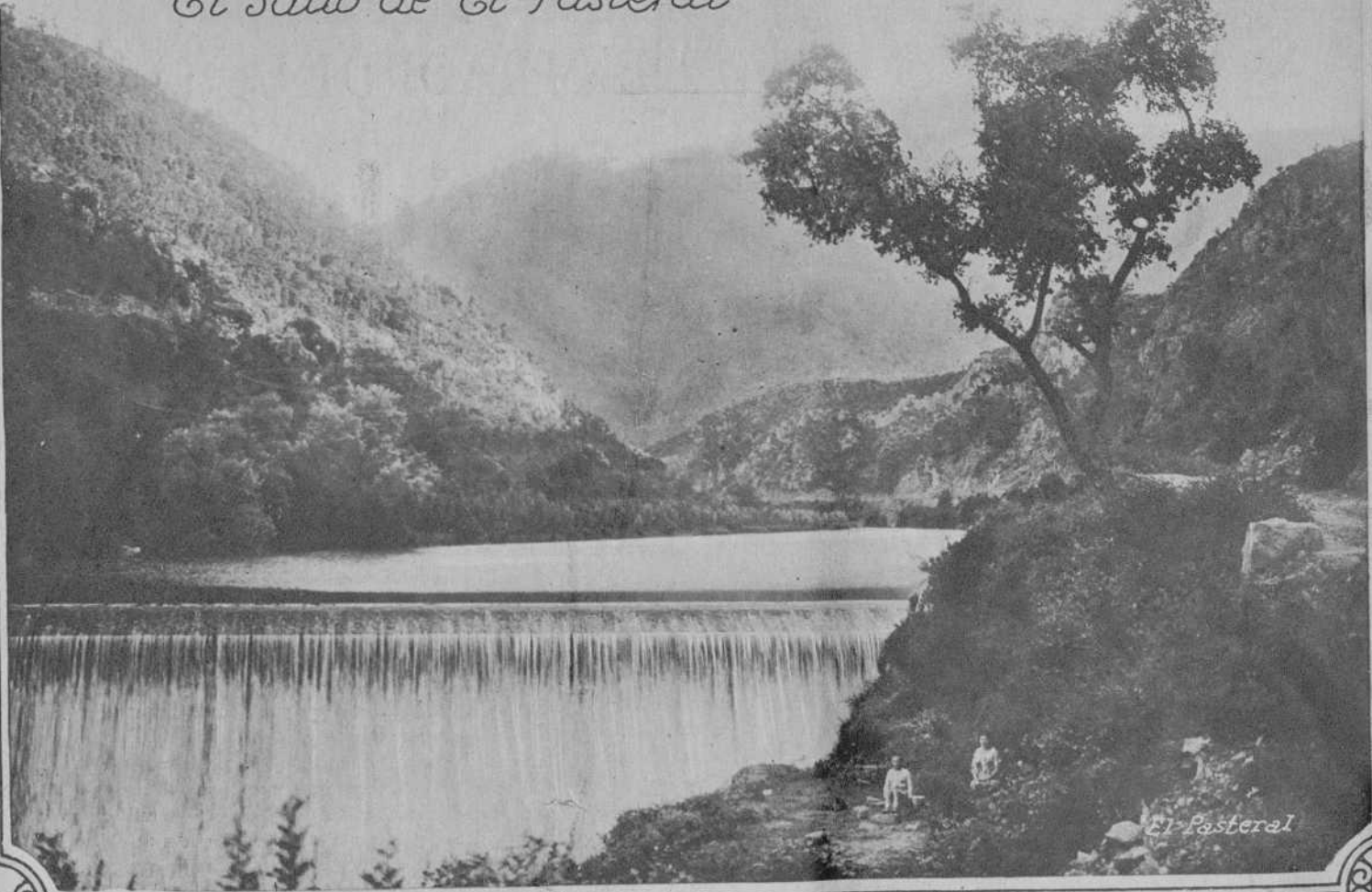
El Día Gráfico.



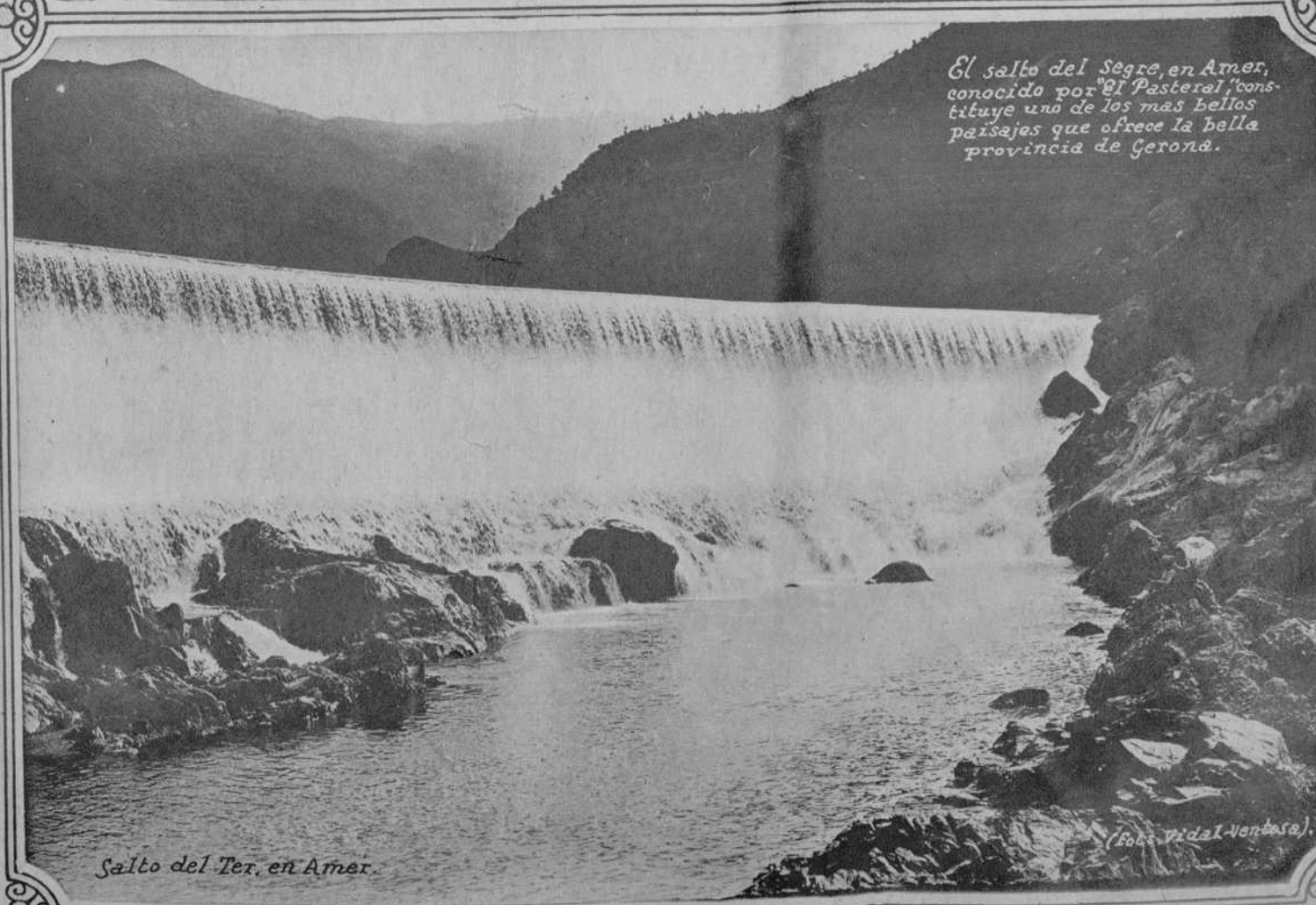
*Los grandes cuadros
de los
Museos Españoles.*

*"El papa Clemente," cuadro
de Velázquez en el Museo
del Prado.*

El salto de "El Pasteral"



El Pasteral



El salto del Segre, en Amer, conocida por "El Pasteral", constituye uno de los mas bellos paisajes que ofrece la bella provincia de Gerona.

Salto del Ter, en Amer.

(Foto Vidal Ventosa).

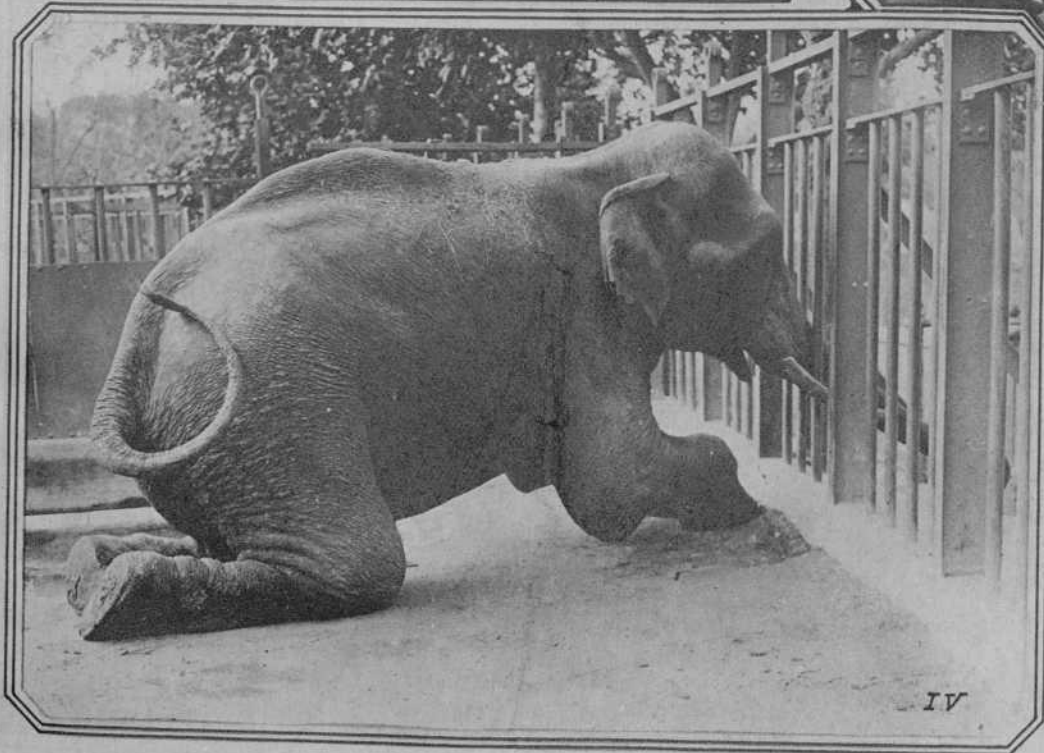
Los animales urbanos



II



III



IV

- I.- He aquí un pequeño chimpancé y un osézno, que comienzan su domesticación.
- II.- En las montañas rocosas del Canadá abundan extraordinariamente los osos, que luego, domesticados, sirven de recreo en los parques.
- III.- París se ha acostumbrado a ver pasar por sus calles este perro motociclista.
- IV.- Y en el jardín zoológico de Roma, este elefante juega con los niños, arrojándoles para recibir sus pequeños regalos.

(Libs. Scheel, Consorcio, y Perry).

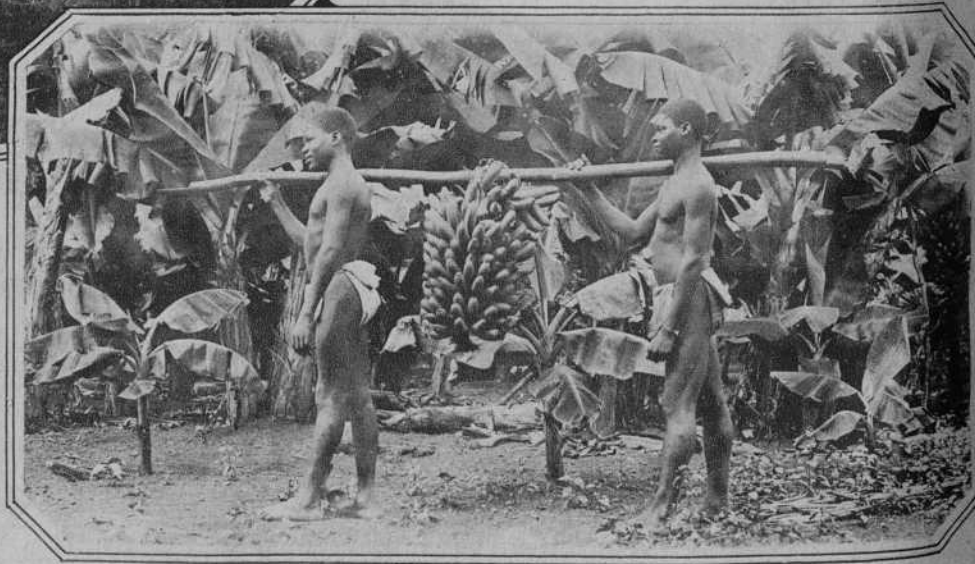
Nuestra flora tropical.

La producción
maravillosa de
las Colonias
españolas
del
Golfo de Guinea.



Arbol del café de la especie liberica.

Arbol productor de cacao, a los cinco años, en plena producción.



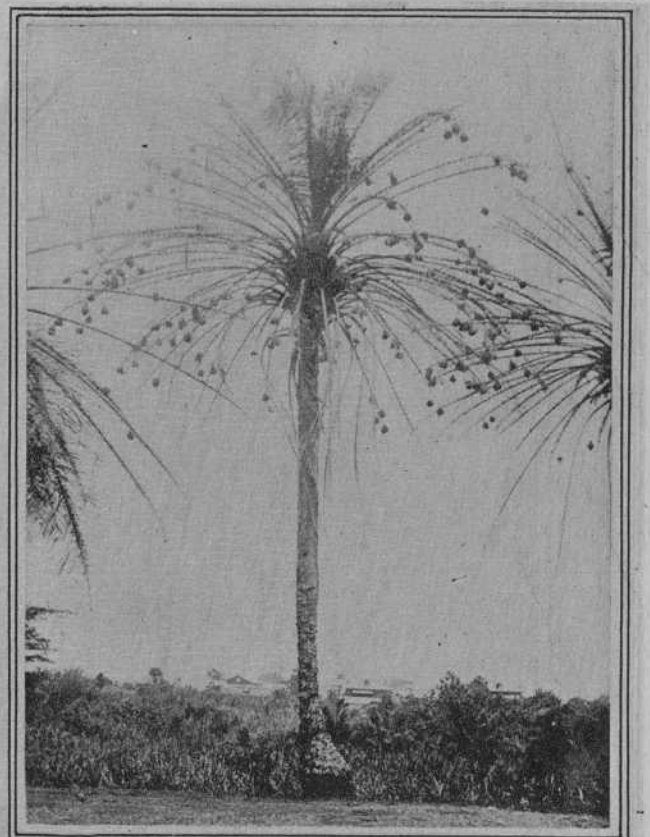
Braceros famúes, en una plantación de bananas.



Hacienda destinada a plantación de cacao.



Preparando el aceite de la palmera.



Palmera del aceite de palma, invadida por los gorriones.



Cultivo de la piña.



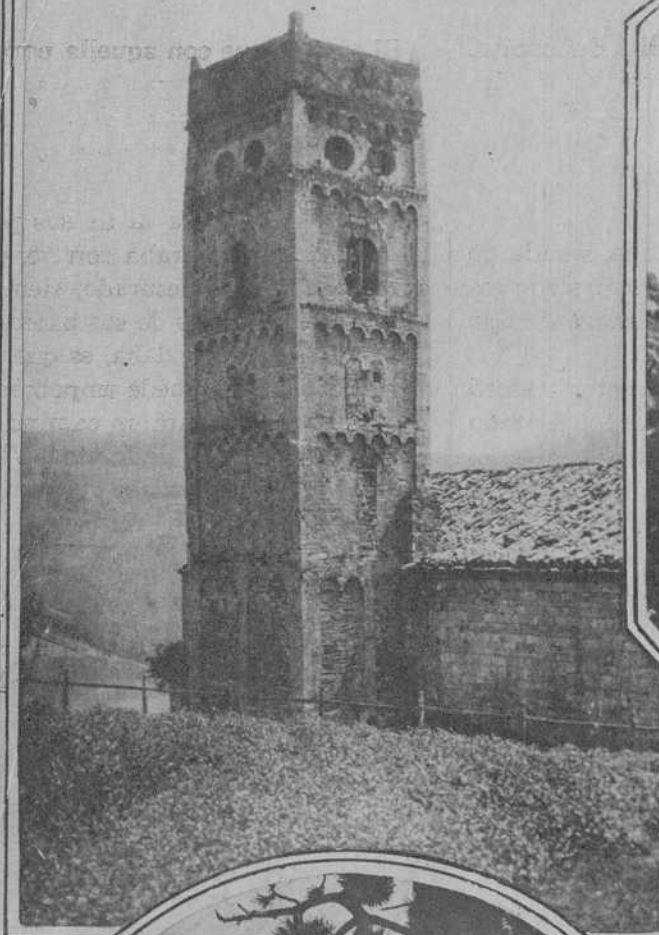
Madera de caba dispuesta para el embarque.



De nuevo, al impulso del arco de la voluntad, del valor y de la ciencia, trazan por el espacio los aviones de España, como flechas, rúbricas de parábola magnífica. Esta vez, la meta del vuelo es la Guinea española. He aquí a Fernando Po, con sus cocos, sus bananas, su cacao y la promesa de una industria del caucho muy digna de tenerse en cuenta.

Camprodón.

Torre de la iglesia
románica.



Paisaje de Camprodón



Paisaje de
Camprodón.



La población
vieja.

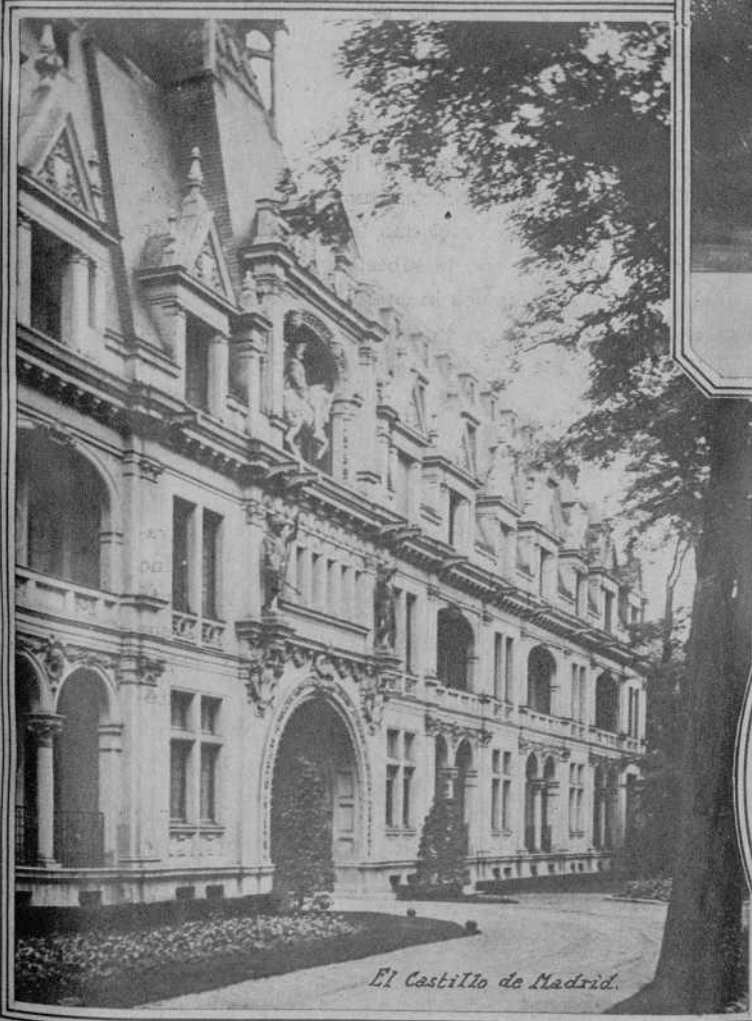
Camprodón, el viejo burgo
fundado por Wifredo de Be-
salú en 948, constituye una
de nuestras mas bellas loca-
lidades de verano y una
pista deliciosa para los que
gustan de las emociones de
la nieve.

(Fots. Torro, Goitia y Planesas)



Camprodón bajo la nieve.

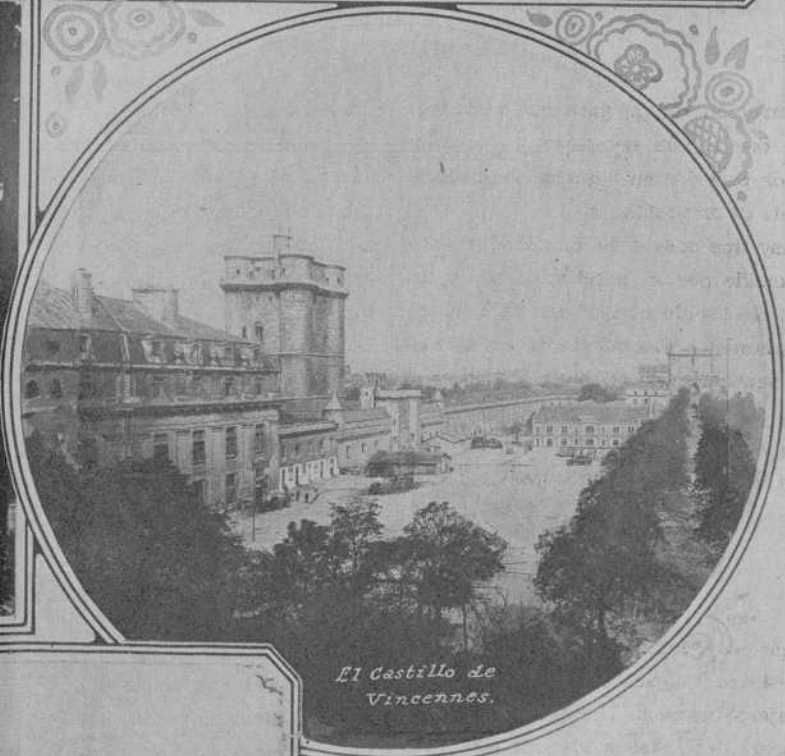
Los históricos castillos de Francia.



El Castillo de Madrid.



El Castillo de San German Laye.



El Castillo de Vincennes.

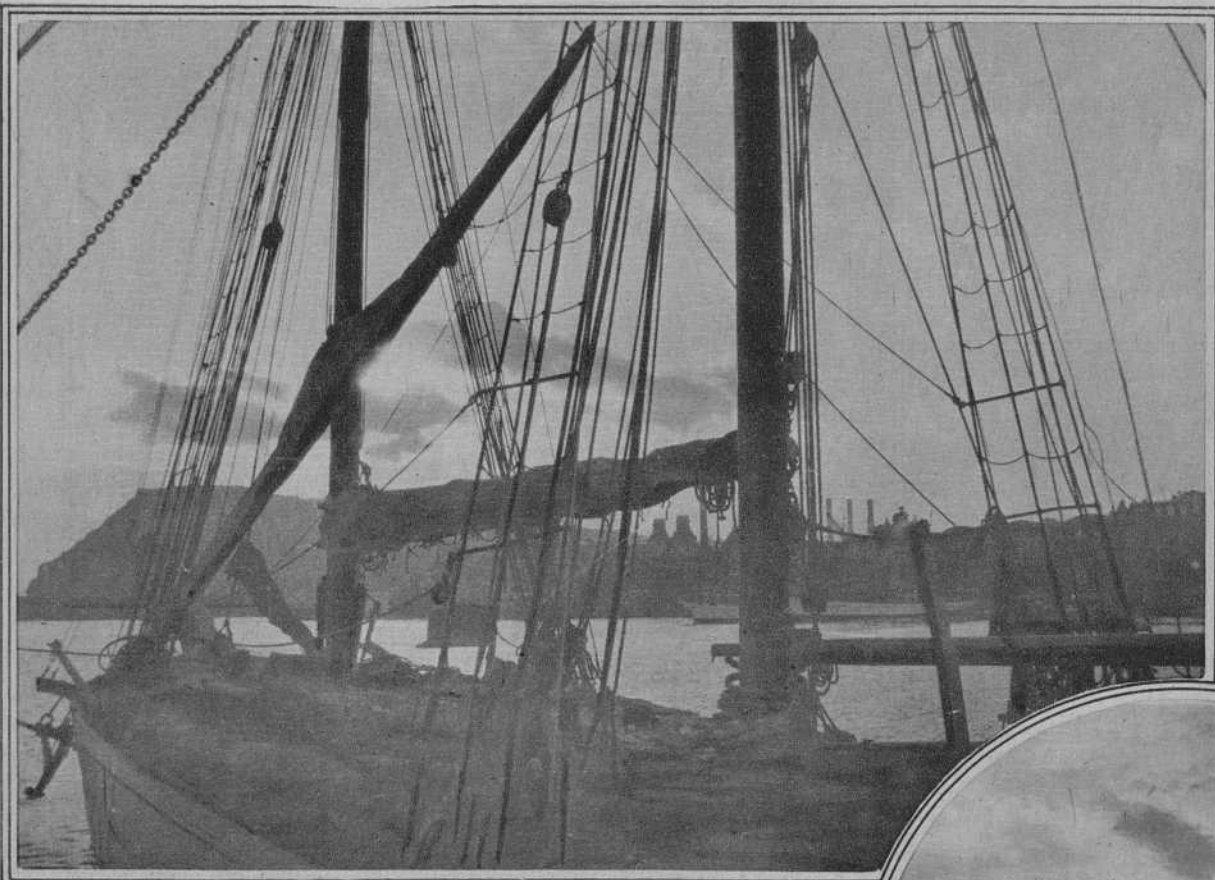


El Castillo de los papas en Avignon.

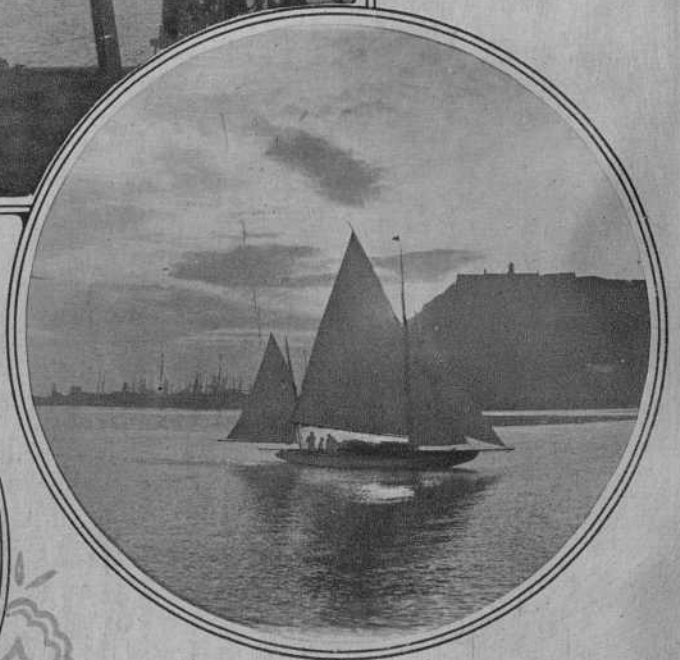
Señoriales, majestuosos, los viejos castillos de Francia constituyen páginas vividas de su historia grandiosa.

(Eds. Meurisse y Presse)





*Las
crepúsculos
en el
puerto.*



*La alegría del mar, al caer la tarde,
cúbrese de una dulzura que es, también,
una melancolía. En los efectos varios de
los contraluces, el agua se hace tersa, de
cristal; o toma fulgidos cabrilleos de plata
fundida; o tonalidades anaranjadas, de acero.
En el puerto, la duplicidad de reflejos
finge bulevares profundos, por los que tal
vez paseen sus gracias unas sirenas
urbanas, unas náyades de ciudad...*

(Iots. Fustero)



Cuento de Navidad

por DOMINGO DE FUENMAYOR

Es preciso que se escriba un cuento de Navidad... el año pasado de escribir este año su cuento de Navidad, le parecería que había dejado incumplidos algunos de sus deberes ciudadanos. Todo escritor que se estime, debe disponer de un cuento de Navidad en buen estado de conservación, y de otro de Reyes; y de otro, tal vez, dedicado al mes de mayo, en el que se aluda cariñosamente a las florecillas silvestres y se tenga cualquier galantería para el murmullo de los arroyuelos.

He aquí, pues, mi cuento de Navidad. Disfruto de un paisaje nevado y unos estómagos hambrientos; poseo, pues, escenario e intérpretes adecuados. Y bien, empieza:

—¡Tan... tan... tan... tan!

Así, hasta cien, hasta doscientas veces, hasta el infinito... Sin duda el reloj de la gótica Catedral de Urbesencilla, pretendía hacer sonar «las mil y quinientas», esa hora absurda en la que se fija la llegada de las personas que nos han hecho impacientarse aguardándolas. El reloj de la gótica Catedral de Urbesencilla, evidentemente no andaba muy bien de la cabeza; o estaba «tocado» del resorte que en la maquinaria de los relojes sustituye a la cabeza.

Hermógenes Pérez, escuchó ávidamente. La una... las dos, las tres...

—Oye, Bárbara, me parece que tocan a fuego.

Un bulto de regular tamaño y de aparente forma humana, que había junto al buen Hermógenes en el modesto «pero» honrado lecho conyugal, produjo este sonido:

—¡Hum!...

—Mujer, Bárbara, que me parece que tocan a fuego. Tal vez se haya prendido la casa de don Gracián Rodríguez.

Hermógenes Peláez calló un momento, cual en arroyo de quien presiente algo muy bueno. Luego, anheló:

—Sí, no es imposible que se incendie la casa del señor Rodríguez...

Y añadió, decidido, arrogante:

—Me gustaría, francamente. Así vería ese tío que no todo se reduce a ganar a los amigos al chamelo. Ah, ah, hay que saber tam-

bién cuidar de que no se nos quemem las casas, ¿verdad, Bárbara?

El bulto con forma de mujer, volvió a emitir su extraño sonido:

—¡Hum!...

El reloj, en tanto, continuaba desgranando campanadas. Hermógenes, inquieto, apremió:

—Despierta, mujer, me parece que he oído pasar a los bomberos. Hay fuego, sin duda alguna.

Dijo y se ruborizó bajo el embozo, al recordar que Urbesencilla no contaba con el benemérito Cuerpo de Bomberos. Se rectificó, satisfecho de que quizás su conyuge no habría oído su inocente mentira.

Pero Bárbara, imprudente para dormir, pareció que no lo fué menos para despertar.

—No dices más que idioteces, amigo— afirmó—. ¡No sé qué bomberos, ni qué siete cuartos y medio!.. Y, además, no hay fuego; el reloj de la Catedral está tocando desde ayer tarde.

—¿Pues?...

—Parece que se trata de una venganza del relojero contra el Cabildo, porque parece que pretendían quitarle la «igualada» de limpieza, por razones de economía. Y ya ves los «cuartos» que les está costando quererse ahorrar una pocas pesetas...

—Me dejas tranquilo, mujer. De verdad me pareció hasta como si hubiera visto resplandor de llamas.

Bárbara, Dios me perdona, debía de ser una castiza, pues que dijo, con un marcado acento de chunga barriobajera:

—¡Resplandor de llamas!.. ¡La carabinita con lazos!... Lo que tú tienes es una debilidad que si conforme le da por ser debilidad te resulta fuerza, oyes nombrar a Uzcudun y te partes de risa...

—¿Me reprochas?

—No te reprocho, Hermo, no te reprocho. Pero has de convenir conmigo en que llevamos un régimen alimenticio ante el cual un trapense es un Baltasar en pleno plan de comilona. Son dos días...

—Con sus noches.

—Dos días con sus noches sin probar bocado, príncipe. Dos días...

Aquí, detúvose la voz de la dama, que en la obscuridad, jugueteando bajo la ro-

pa, sobre el colchón duro y magro, había tropezado con un objeto:

—¡Oye, Hermo, que ya toco algo!...

—Un charlestón, vas a tocar tú... Vamos, mujer, miseria y compaña...

—Que no es miseria y compaña, Hermo, que aquí hay un papel. Dinero tal vez.

—¿A quién le compramos... y no le pagamos este colchón?

—Al señor Lucas, el del siete. Acuérdate que compramos también la cotelera, porque tú te empeñaste en que podías hacer con ella un aparato de galena...

—... Y me salió una máquina de liar pitillos, es verdad. Pero no creo yo que el señor Lucas, el del siete, ni el del siete mil setecientos setenta y siete, se dedique a dejarse tesoros olvidados por los colchones que revende. ¿Y dices que es un papel?...

—Así, como si fuera un billetito...

—¿Te habrá querido dar una cita el viejales ese?

—Digo, que como si fuera un billetito de mil pesetas. O varios billetes, mejor dicho; que esto abulta mucho, Hermógenes, que a mí me parece que aquí hay una fortuna...

—A ver, tú, déjame que toque... ¡Caray, pues es verdad!

Encendieron la luz, sin más espera. Y en un instante, estuvo descubierto el misterioso paquetito, que era un billete, sí; pero un billete de la lotería...

—Del año de la Nana, será, como si lo viera— profetizó Bárbara, que era una pesimista.

—Oh, no, mujer, mira: es de Navidad... ¡de mañana! De... ¡quince millones!...

Después de haber estado unos minutos basados en la dudosa riqueza, sin pensar ni por un instante en devolver el billete que no era suyo, se durmieron. Ante su ensueño, el 33,033—tal era el número—flameaba magnífico. Y, por primera vez en mucho tiempo, no temblaron de frío sobre el lecho pobremente guarnecido.

En la calle, entretanto, iba cayendo la nieve, como en todos los cuentos de Navidad...

¿Saldría premiado el 33,033, «capicua» por añadidura?

En cualquier otro cuento de Navidad, sí, seguramente. En éste, ¡qué sé yo!.. Les pudo tocar la lotería o no les pudo tocar. ¡Allá los protagonistas con su suerte!

EL SUCESO DEL VIERNES

Un reparto de Billetes del Banco en la calle de Pelayo

por SANTIAGO ESPINEL

Quiero suponer que mis queridos compañeros los distinguidos reporters barceloneses, no me van a guardar rencor por haberles «pisado» este suceso. Yo resido en Madrid y no se he de hacer competencia alguna. Además, hace veinte años que ya no me dedico al reportaje. ¡Veinte años, Señor!... ¡Y pensar que muchos reporters los acaban de cumplir!

Por lo que va dicho ya comprenderá el lector que soy un reporter circunstancial. Llegué a Barcelona. Pasé por la calle de Pelayo, tan concurrida a las cinco de la tarde. Y me encontré con que un grupo compacto—todos los grupos son compactos—invadía la acera obligándome a andar por la calzada llamada también arroyo por los ciudadanos atacados de nostalgia campestre y rural.

Me quedaban dos caminos. Seguir adelante, afrontando con resolución heroica los infinitos peligros de la calzada tan concurrida por los automóviles aplastadores, o intentar la penetración pacífica entre el grupo de «badocs»—magnífica expresión que ahora, cuando el catalán ingrese en la Academia de la Lengua, nos van a birlar los académicos castellanos, en vista de que su glorioso idioma no posee el equivalente justo.—

Me decidí por esto último. Y empecé a empujar con fuerza hasta hallarme en primera fila. El espectáculo merecía que un espectador de mis condiciones ocupase esta fila excepcional.

¿Qué ví?...

Un hecho maravilloso. Creí soñar. Un caballero discutía con un guardia...

Esto, dicho así, de cualquier modo, parece que no tenga nada de particular. En todo suceso existe siempre la eterna discusión entre el guardia que interviene y el sujeto intervenido que no está conforme con la intervención. Sigamos. El guardia imputaba originalísimo transeunte una falta grave. Esta: el reparto de billetes de cien, quinientas y mil pesetas entre los transeuntes que encontraba al paso.

—¿Por qué hace usted esto?

—Por filantropía.

—¿Desde cuando se llama así la chifladura?

—Soy un protector de la humanidad.

—Pues... véngase usted conmigo a la Comisaría.

—¿De modo que me prohíbe usted el ejercicio de la caridad?

—No discutamos. Esto lo aclararemos en la Comisaría.

—Entonces, cuando San Martín partió

su capa con el pobre, ¿le hubiera usted detenido?

—He dicho que no discutamos más.

El público, como es natural, se puso de parte del generoso repartidor de billetes.

¡Las cosas que le dijeron al representante del orden unas mujeres del pueblo!... Claro, las pobres se veían privadas del inesperado botín que, de pronto, se les venía encima como el bíblico maná.

De nada valieron las protestas. El guardia se llevó al filántropo. Y el público se quedó comentando el hecho.

Unos decían que se trataba de un loco. Otros sostenían que quizás fuese un arreptido que, después de haber estafado a media humanidad, quisiera restituirle, por este medio, lo robado.

Bueno. Antes de pasar adelante, necesito hacer constar que el hecho es cierto. Y que yo lo presencié en el sitio y a la hora reseñados. ¿Qué se les pasó a los demás reporters? ¡Y qué?... ¿Acaso tengo yo la culpa?...

¡Ah, si luego, en la Comisaría, llego yo a poder hablar con el guardia!...

Le hubiera dicho, poco más o menos:

—Oiga usted, señor guardia. ¿Por qué no ha dejado a ese buen hombre en paz?... Ya sé que su actitud no puede ser más insólita. Usted cree, sin duda, que se trata de un loco. Su opinión coincide con la de la portera y la de la vendedora de billetes de la lotería, que se empeñaban en convencer al grupo de curiosos. Pero yo sospecho, querido guardia, que esta acusación de locura obedece a la codicia de estas buenas mujeres. ¡Ah, si el p. retendido loco les llega a largar un billetito!... Seamos ecuanímenes, guardia. No nos dejemos arrebatar por la pasión. Ese buen señor no nos ha dado a nosotros ni un mal billete de veinticinco pesetas, y podemos, por lo tanto, juzgarlo imparcialmente. Desde el punto de vista elevado que corresponde a un guardia de orden público y a un reporter de información pública. ¿No sospecha usted, guardia, que el repartidor insólito pueda ser un hombre superior?... ¿Quiere usted que le diga mi sincera opinión?... Para mí el repartidor es un nuevo rico de esos que, durante la guerra, amasaron su sangre su fortuna. Es de los que enviaban mantas de borra, e brándolas por lana, y alpargats con suela de cartón cobrándolas por excelente cáñamo trenzado. De momento, la posesión fácil de tanto dinero le trastornó. Su sed de oro era, en el fondo, la misma del borracho perdido que va echando, copa tras copa, más leña al fuego interior que le abrasa. Pero... terminó la guerra, pa-

saron los años y el vil mercader sintió la necesidad de alternar con gentes que tuvieran algo más que dinero. Y no tuvo más remedio que decidirse a aprender a leer y a escribir... pongamos...

Reconozco, lector, que el guardia no se guiría con la atención debida el curso de mi peroración, y la consiguiente trayectoria de mis suposiciones. Pero tú, sí.

Dejémos al guardia.

Ahora, lector, hablo ya francamente contigo.

Y sostengo mi tesis sin titubeos. Si el repartidor de billetes es, indudablemente, un nuevo rico arrepentido. Al empezar a leer se encontró con un profesor—yo lo hubiera hecho así—que puso en sus manos esos libros sarcásticos que escribieron algunos «pi lus», e libros en que se expone la parte cochina y repugnante de esa guerra que los falsos literatos, envenenadores de conciencias, nos describen con traidoras frases retumbantes. El nuevo rico leyó que a los héroes se les comían los piojos y que las trincheras eran, a veces, sentinas. Y, de pronto, encontró este párrafo: «Los viles mercaderes que se han hecho millonarios a nuestra costa, nos enviaban mantas que se deshacían a las primeras lluvias y alpargatas que, después de una corta marcha, nos obligaban a andar con los pies desnudos, sangrantes, destrozados...»

¿Comprendes el tormento del culpable?...

Cuando su profesor le vió impresionado por esta lectura, le dió a leer a San Jerónimo. Es decir, al santo que ha acumulado más maldiciones sobre la riqueza.

Finalmente, le dejaría sobre la mesilla de noche una hoja de calendario en que se leían estas palabras:

«Para saber hasta qué punto aborrece Dios las riquezas, observad a quienes se las da.»

Al día siguiente de la lectura de esta observación—que no le dejó dormir en toda la noche—el nuevo rico se fué al Banco, pidió el importe total de su cuenta corriente y por la tarde—es decir, el viernes pasado—se fué a la calle de Pelayo dispuesto a librarse del tormento de su riqueza mal adquirida, repartiéndola en billetes entre los transeuntes que le deparase el azar.

Yo he visto como le detuvo el guardia.

Oiga, guardia: ¿Por qué se lo llevó usted?...

Si todavía le tienen detenido, supongo que después de leer este artículo—¿me leen en la Comisaría?—le soltarán.

LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

Por CASIMIRO GIRALT

XX

LA PODEROSA, IRRESISTIBLE, INFLUENCIA DE LA RAMBLA DE BARCELONA.

En verdad, ofrece Atenas a la contemplación del viajero, como no sean los restos de la civilización más gloriosa que haya tenido jamás pueblo alguno. Atenas, antigua, deslumbra por la grandeza y la belleza de tanta maravilla reunida en tan poco espacio.

Atenas, de hoy, en cambio, no pasa de ser una capital de tercera o cuarta categoría. Cualquier gran población de Europa, sin querer referirnos a América, la aventaja e todo aquello que perdiese pueda a una capital moderna.

Es una población cortada en cruz por dos grandes vías: la de Hermes y la de Eole. La primera sigue el trazado que conduce al Pireo—la Barceloneta de Atenas—y acaba en el Palacio del Rey. La otra, la de Eole, va al pie de la Acrópolis y continúa por el camino de Patissia.

En el triángulo formado por estas dos calles y el Palacio del Rey, se extiende la Neópolis, la ciudad moderna. En ella están emplazados los edificios más notables y los comercios, cafés y teatros más importantes y concurridos.

Al pie de la Acrópolis se agrupa el barrio más populoso de la capital. Aunque de origen turco, nada notable recuerda su estirpe, ni siquiera el trazado de sus calles, que nada tienen que ver por su estructura con las calles abovedadas de los famosos bazares turcos. Como en ellos, no obstante, el tropel de mercaderes con tienda abierta es sencillamente enorme, superior en apariencia a las necesidades de la población. Y por si tanto comercio fuese poco, existen en la parte central del barrio innumerables puestos de venta al aire libre, en los cuales se venden toda clase de géneros. La mayor parte de los mercaderes son albaneses y el resto lo constituye una mezcla de indígenas y de gentes venidas de todo Oriente, que tomaron ya carta de naturaleza en el país.

El griego, en apariencia poco hablador, poco comunicativo, que apenas responde a lo que se le pregunta con monosílabos y leves inclinaciones de cabeza, se produce en la intimidad como un «causeur» formidable, de aguda dialéctica y persuasiva mímica. Su elocuencia se multiplica y se hace irresistible en razón directa con la menor bondad de la causa que defiende y de la mayor suma con que habrá de beneficiar sus intereses. Entonces, el griego de pura cepa, y si dispone de determinada cultura, mayormente, se convierte en un contrincante temible, que no lleva casi nunca la de perder.

Las tertulias, más que en círculos, se reúnen a diario en la tienda del especiero, en la peluquería o en la rebotica del farmacéutico. Los contentullos discuten acaloradamente sobre política nacional, con preferencia a otros temas, y difícilmente llegan

a ponerse de acuerdo, tal es la diversidad de pareceres con que aprecian todo lo concerniente a la cosa pública. Donde hay un griego, existe una opinión, una voluntad y un gobernante. Espíritu más que personal, personalista, se produce casi siempre en franco desacuerdo con el criterio del prójimo, y rebelde a toda transición colectiva, llega difícilmente a doblegarse ante la imposición ajena.

Este evidente desacuerdo en que viven los ciudadanos, lo vive también el país y se manifiesta no sólo en su política nacional, sino en sus derivaciones exteriores, y es causa, indudablemente, de la escasa prosperidad de la nación. Aparte el estado precario de su hacienda, que se traduce en la exagerada depreciación de su moneda, síntomas visibles de una innegable pobreza asoman a la superficie, aun en aquellos servicios municipales y nacionales más perentorios y de mayor trascendencia para las necesidades del país.

El propio ejército, pese a la manifiesta belicosidad contra los turcos, hoy más latente que nunca, refleja externamente una desatención y una pobreza lamentables. En vías importantes de la capital se da el caso increíble de que barracones inmundos estén habilitados para cuarteles.

En la zona de las calles más céntricas existe, en el fondo de un solar, un barracón de madera con apariencia de choza, con las puertas caídas de sus goznes, las ventanas sin cristales, los postigos rotos, la techumbre de cartón embreado, cuarteadada y agrietada por todas partes. Pues bien, esta lamentable construcción, con aspecto de barraca para almacenar desechos de obras, en nada desmerece, aunque parezca imposible, del aspecto de los soldados que se ven pulular por el patio o permanecer prestando guardia, con marcial apostura, ante las garitas emplazadas en la acera. El indumento de los soldados no puede ser más misérrimo, por lo sucio y raído por el uso de sus uniformes, y las garitas de los centinelas, de maderos rotos, con el techo medio hundido, lamentablemente desvencijadas, presentan el aspecto de mayor abandono que darse pueda.

La dejadez o la penuria, o ambas cosas a la vez, que ello significa, se observa también en la mayor parte de las atenciones de carácter nacional y, asimismo, en la mayoría de los servicios municipales. Y todo esto, que es trasunto fiel de la realidad, lo es mayormente de la deplorable situación económica en que se desarrolla la vida del pueblo y de la clase media.

En estas condiciones se comprenderá lo que podía esperarse financieramente de las representaciones de «Mujeres y Flores de España». Los precios de las localidades, con llegar apenas a los normales en otros países, representaban para los atenienses casi una fortuna. El aforo del teatro, por otra parte, impedía hacerlos más económicos so pena de no recaudar ni para el desayuno de la compañía.

Como por arte de magia, las libras ingle-

sas, de reserva, iban trocándose en desventuradas dracmas. Muy pronto habría de agotarse la provisión, y ¿qué hacer entonces? ¿Cómo salir del atolladero? El compromiso adquirido nos obligaba a permanecer en Atenas hasta la terminación del contrato y, lo que es más, debía llevarnos, después, a Salónica.

¡Salónica!

El solo nombre de esta famosa población me aterraba. De Atenas íbamos a salir, aunque quebrantados y maltrechos. Pero de Salónica... ¡de Salónica no íbamos a salir ni difuntos! Dejaríamos allí los huesos, para escarmiento de incautos comediantes. Y lo que es peor, feneceríamos sin gloria ni provecho, en el más desolador de los anónimos. Quién sabe si años después, olvidados ya nuestros nombres, una alma piadosa erigiría una cruz a nuestra memoria, sobre unas toscas piedras, con el letrero tan poco seductor de: «Al comediante desconocido»...

Esta perspectiva representaba, en cuanto a extensión y para nosotros, la pared de enfrente. ¡Íbamos a estrellarnos contra ella! Alguien echó a volar la especie de que nuestra salvación estaba en la huida. Debíamos abandonar Grecia a todo trance.

—¡Aquí la «dijimos» tós!—afirmaba sentenciosamente el bailarín.

—¡En «eza» tierra «parma» hasta la Virgen!—suspiraba una señorita de conjunto, más regordeta y sevillana que una aceituna rellena.

—«¡Nois, aixó sí que es pega grega!»—añadía el tenor, un mocetón de Lérida, que nunca daba el «sí» por manía de llevar la contraria.

Me pareció de necesidad inaplazable arreglar las masas.

—¡Compañeros!—empecé con voz inflamada—. Cumplimos una trascendental misión en la Historia. Nuestra gloriosa cruzada habrá de inmortalizarse en mármoles y bronce. Ha llegado el momento de sentirnos héroes. El deber nos llama aquí. El escenario del «Dyonisia» es nuestra fortaleza. En su torre más alta flamea nuestra bandera gloriosa. Antes que abandonarla hemos de perecer todos. La victoria o la muerte. Si triunfó nuestro Arte, ¿por qué pensar en la infausta materia de unas miserables monedas? ¿Por qué vacilar? ¿Por qué sufrir? ¿Por qué temblar?

—¡Aixó es de «La Tempestad»!—exclama el barítono.

Carcajada general. Me desconcerté un tanto. Pero arremetí con nuevo brío:

—Esto podrá ser de «La Tempestad»... pero nuestra llegada a las Ramblas de Barcelona, ¿qué va a ser? ¿Qué dirán allí nuestros «queridos» compañeros? ¿Qué habremos de contestar a sus cuchufetas?..

—¡A Salónica... y al fin del mundo!—gritó una voz.

—¡A Salónica!—contestaron todos con entusiasmo.

Y vea el lector, por dónde, el poder mágico de la Rambla de la Ciudad Condal dirige la segunda expedición de catalanes a Oriente.

G L O S A P E S I M I S T A

Tierra de Burgos

por JULIAN ZUGAZAGOITIA

En la medida que nos alejamos de los libros para hacer camino, nos es dado aproximarnos a la realidad de nuestros días. En el gabinete de trabajo del escritor, se insinúan a diario problemas de un orden diferente. Es, por lo general, la letra impresa la que trae y lleva las preocupaciones. Pocas veces es el documento humano el que llama a la puerta y deja en nuestra mesa de trabajo, invadida de libros, una cuestión vigorosa. Parece indispensable que todo motivo de preocupación venga, para que ejerza el grado de fascinación necesario, a provocar el deseo de posesión en nosotros, humedecido en tinta de imprenta.

Pero hay una suerte de humedad mucho más estimable por su patetismo: la de las lágrimas. He tenido ocasión de comprobarlo reiteradamente. Esa suerte de emociones hay que ventearlas y, en buen «baquiano», seguirlas con fidelidad el rastro. Siempre conducen a algún dolor.

Uno de esos rastros, seguido por la carretera y a buen paso de un automóvil, os ha llevado a un Monasterio, famoso en tierra de Castilla. Hubiera sido poca ambición conformarse con unas piedras románicas, unos calados góticos y cuatro enterramientos reales. Esa es una emoción al alcance de cualquier viajero discreto. Un asterisco en la Guía, manda detenerse y admirar esta o la otra casa de piedad y pormenoriza, sin poesía, estilos y méritos. La admiración así, puesta en juego, resulta, por lo general, insuficiente. El viajero se limita a hacer dos grandes grupos con las piedras que visita: las románicas y las góticas; si alcanza mayor copia de estilos, aún esa ordenación primaria se malogra. Bueno será dejarle en ese trance de perplejidad para seguir nuestro viaje a terrenos donde ninguna Guía clava sus llamadas. Ibamos tras un curioso problema de la tierra.

Por algún tiempo será el camino quien nos proporcione, a los que creemos en ella, una semejanza con Rusia. Y de preferencia «el campo de Castilla, donde asegura Machado que no se localizó «el bíblico jardín». Y no fuera malo parar la atención del lector

en la distancia que va de los versos de Machado cuando fijan el paisaje castellano y la fisonomía de sus aldeanos a los de Garcilaso de la Vega por ejemplo. En las «Eglogas» encontramos «una agua clara con sonido atravesar el fresco y verde prado» y «el verde prado de fresca sombra lleno» muy conveniente a sus pastorcillos propio para la decoración de relojes de bronce. En Machado ese mismo campo adviene en «altos llanos y yermos y roquedas, de campos sin arados, regatos ni arboledas», y los suspirantes pastores en hombres «los ojos siempre turbios de envidia o de tristeza».

Sensible cambio! Los mismos cabreros del «Quijote» tienen un puro valor convencional. La madre Castilla da otros hombres muy diferentes. Y son los hombres los que plantean y resuelven los problemas.

Setenta pueblecitos burgaleses han visto la subasta de sus tierras de labor. Arrendamientos cancelados, colonos suprimidos, familias empujadas a la emigración... Todo el suceso trae el recuerdo, de una manera obligada, el nombre de Rusia. El señorito que en otras provincias arruina la riqueza forestal para poder seguir atendiendo a sus dispendios cortesanos, es el mismo que vende para no interrumpir su vida de juerquista, todas las propiedades de la herencia materna. No quiere administraciones ni rentas. La tierra no es para él una riqueza; la riqueza, piensa, reside en el dinero. Sólo él puede franquearle las puertas que necesita abrir en Madrid. Una cena suya supone varias hectáreas de tierra laborable. Da todos los derechos de propiedad por el dinero que le ofrecen.

Pero los compradores tampoco quieren la tierra. Necesitan un negocio inmediato. Ponen a subasta las propiedades adquiridas. No lo hacen a la buena de Dios. El negocio es el negocio y hay que cuidar de él. Inmediatamente obligan a los campesinos a pujar, sobrepasando los límites razonables. Hay

pueblos donde esa industria no es necesaria. Los vecinos son pocos y la enemistad grande. Se hacen un daño mutuo. Se desea la tierra del vecino. Si el que la lleva en arriendo consigue que la subasta quede para él sus buenos dineros le cuesta.

Los pueblos en estas condiciones abundan. Gracias a esa circunstancia el negocio se redondea. Al margen de él se emborriona papel de oficio. El pleito—enfadoso, complicado—es fruto fácil en tierra de Castilla. Escribanos, abogados, procuradores, notarios; para todos tiene el campo una espiga bien granada. Mientras ellos escriben, el campesino trabaja y se humilla en la labor. En tanto los dueños de la tierra rezan a Dios, sus agentes organizan las subastas. De ellas han de salir los millones del señorito y el interés de los que se le anticiparon.

¿No es este un buen cuadro ruso de la mejor escuela zarista? Nuestro señorito es la equivalencia del antiguo señor ruso. Si alguna curiosidad breve le aproximó algún día a estos pueblos se vió lisonjeado y agasajado por sus arrendatarios y terruñeros, que le dieron licencia para ensayar la firmeza del brazo y la puntería del revólver. Su capacidad para causar daño resultaba grande. En la calle le refan las gracias, en cada casa el más leal le ofendía. Palabras como brasas.

Por fortuna de los pueblos, las visitas eran raras. La vida del campo no es para carnes educadas en la molición; el campo pide otro temple. Familiaridad con las molestias y hasta una especial organización vital, útil para transigir con las comidas. La chirimía como regocijo, y la trucha como manjar. Para reponerse de él, buscaba la Corte. En ella ha concertado la liquidación de sus propiedades y resignado su poder sobre setenta pueblecitos burgaleses—en alguno de los cuales se ha detenido nuestro automóvil—en unos hombres que lo utilizan para mejorar su negocio.

EL HOMBRE DE LOS PIES GRANDES

NOVELA CORTA

POR RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



AL LORA
XVI

I

Cuando nació Federico, lo primero que se echó de ver fué que sus pies eran inconmensurables, tanto, que en una desgraciada maniobra de la comadrona que hizo que se cayese al suelo el recién nacido, Federico cayó de pie y se quedó en actitud supina, sostenido por sus grandes pies.

Sus primeros pasos en la vida fueron pasos medidos, y cuando se le veía andar por el jardín de los niños, daba idea de un viejo que fuese un niño.

Por los pies había entrado en Federico una reflexión especial, desconocida en los niños de su edad.

Era el niño que anda con pies de plomo en toda cuestión, y su concepción de las cosas era más amplia que las de los demás.

Los padres, de Reyes, se veían comprometidos para agasajar a Federico, y tenían que recurrir a los grandes regalos, como un automóvil para niños, un camello, una casita de peón

caminero, la edición grande del «Quijote»; es decir, objetos que se quedasen perdidos junto a los grandes zapatos que ocupaban el balcón.

Fuera del día de Reyes, el conflicto que en las dos grandes estaciones caía sobre los padres de Federico, era encargarle calzado a su medida, un calzado especial para que sus amigos no se burlasen de él. Era aquello más costoso que comprarle los libros de sus asignaturas.

En Federico se planteaban deberes a que le inducían sus pies grandes, y su más íntimo deseo, su preocupación noche y día, era crecer para compensar aquella largura de sus pies.

Debido a ese hondo deseo, tan justificado, Federico comenzó a crecer seriamente; pero a la par que crecía, crecían también sus pies. No compensaba su altura lo que desplazaban sus grandes zancos.

Influido por aquella extensión de sus pies, sus pensamientos iban muy lejos y llegaba a la última consecuencia de todas las cosas.

—Este chico irá lejos—decían los profesores y los amigos íntimos de la casa, al oírle explicarse.

II

Federico no comunicó a nadie su impresión de que siempre intervenían en sus pensamientos sus pies.

Aquellos grandes pies del grandullón replicaban con su opinión a todo lo que él pensaba, y daban fuerza de gravedad a cada uno de sus pensamientos.

—¡Federico!—oía él que le llamaban de pronto, y sus pies se desperezaban antes que su cabeza, y los miraba como si en ellos se hubiesen podido transparentar sus intenciones. ¡Si no hubiese sido por la obscura opacidad de las botas!

En el estudio de su carrera sus pies le ayudaron mucho, y aunque estaban ocultos debajo de la mesa, iban recapacitando en todo lo que sucedía. De ellos le subía la impresión de certeza que le hacía comprenderlo todo.

Cuando un concepto se le quería escapar, apretaba con sus pies sobre él, como con una pesada plancha, y el concepto se quedaba quieto, agazapado, aplastado, hasta que se entregaba.

«Si yo confesase mi secreto—se decía Federico—, variaría toda la teoría del pensamiento; pero por no ser el martir de esa confesión, lo callaré toda mi vida.»

Moviendo uno de sus pies en un balanceo de sus piernas cruzadas, iba compulsándolo todo. Se hubiera podido decir que contaba con un apuntador a su servicio.

Cuando ya acababa su carrera, hubo un momento en las confidencias entre amigos, en que Federico fué a traicionarse:

—¡Eso está pensado con los pies!— le dijo despectivamente su amigo Franco.

—¡Cómo con los pies!—contestó, con un extraño sobresalto Federico.

—Sí, con los pies—repitió Franco, con el mismo desdén y sin darse cuenta de lo que le ofendía con sus palabras.

Federico se puso en pie, y cogiendo a Franco por las solapas, le dijo:

—Todo te lo consiento menos esa frase... Todo.

Franco, sorprendido de aquel arrebato de locura, le miró de arriba a abajo, y cuando se encontró con sus pies enormes, creyó comprenderlo todo.

—¡Ah!—dijo—. Tienes razón... He hablado un poco inconscientemente... Perdón, chico, no me había dado cuenta.

Federico, humillado por aquellas miradas a sus pies del que le había ofendido, le repuso:

—No, no es por lo que tú te figuras, por lo que me ha ofendido tu exclamación; es por algo más recóndito...

Pero en ese punto se contuvo, arrepentido de ir a confesar el secreto por el que había obtenido tantas matrículas de honor y el premio extraordinario de la licenciatura.

Franco, para epilogar la cuestión, añadió:

—Vamos, no te disculpes más. Entre amigos basta con una franca retirada, cuando se ha tropezado con una frase que ha podido desagradar, para que todo acabe bien.

III

El primer cargo que tuvo Federico, fué un cargo de gran responsabilidad, en cuyas iniciativas había que andar con pies de plomo.

—Nunca ha andado nuestra Administración mejor que con don Federico—decían los accionistas, encantados ante aquel paso seguro de su gerente, que andaba por la vida como los estereros cuando miden una habitación pie tras pie, como haciendo burla a las distancias.

Todos los asuntos los trataba don Federico sentándose en su gran butaca de financiero, y después de cruzar sus piernas mirándose la punta del pie.

—¡Así es que usted espera un crédito!...—comenzaba don Federico.

—Sí, señor; un crédito de cien mil pesetas—reponía el cliente.

—Cien mil pesetas...—repetía don Federico, mirando la puntera, que parecía el gran regatón de un sable de gigante.

—Yo siempre he respondido con puntualidad en mis obligaciones con el Banco, y por lo tanto es justo que se me conceda ese nuevo margen—insistía el cliente.

Don Federico entonces, súbitamente, hacía una maniobra con la perna izquierda, si era la derecha la que tenía en insistente penduleo, y mirando la otra contera consultiva, decía que sí o que no, o bien ponía por condición el que fuese un crédito a plazos.

Ninguna cantidad podía volar del Banco mientras el gerente tuviese puestos los pies sobre sus alfombras y la gran medida de sus pasos hiciese crujir la madera de los pasillos.

—¡Qué gran porvenir tiene don Federico!—se decían todos, mirándole los pies atlánticos.

Don Federico—como él mismo se llamaba, de imponente que resultaba para sí mismo—sabía muy bien que todo se lo debía a sus pies.

Hasta un día en que perdió la cabeza por haberse encontrado a un antiguo discípulo, fueron los pies los que disimularon su borrachera.

Completamente pez, embriagado hasta más no poder, don Federico no se fué cayendo por las calles gracias a que sus pies eran contrapeso y fiel de sus oscilaciones.

¿Qué se hubiera dicho sino de un gerente al que se viera cruzar las

grandes vías tambaleándose y yendo a caer en sus tropezones? Su dimisión hubiera sido irreparable.

IV

Don Federico se casó con una miope, pues aquellos grandes pies podían haber sido caso dirimente de matrimonio si una copiosa miopía de la novia no hubiese evitado que se notaran sus verdaderas dimensiones.

Para Petra, don Federico tenía unos piecitos de toreador o de bailarín.

Don Federico, al casarse sintió que había dado el gran paso de su vida, y que había pasado el más difícil puente que podían cruzar aquellos pies, capaces de impedir cualquier amor.

El matrimonio parecía muy bien avenido, por como cruzaba la ciudad muy de bracete con ella, en lenta caminata de mesurador de la ciudad, que midiese por pies cúbicos la extensión de los paseos.

Apisonante, abierto en palmidoncitis, dejando ángulos desorejados en todas las baldosas, don Federico era el marido que sabe el terreno que pisa y no podía tener ningún desliz.

Con zapatillas en su cómodo hogar, don Federico trataba de todas las cuestiones con medida proverbial.

—Quisiera un pasa salsas, que no tenemos ninguno—decía la esposa.

—Ya sabes que compro una novedad por mes, y que no quiero alterar esa costumbre... Este mes tocaba un especiero, el mes que viene una olla exprés, el siguiente un pica carnes; así es que hasta dentro de tres meses no podrás tener el pasa salsas.

En el lecho conyugal, Petra quería sacarle otras promesas, como si aprovechase que sus pies estaban encubiertos y oscurecidos por sábanas, mantas y colchas, pero don Federico no los podía olvidar, pues sobresalían como picachos del lecho de tal modo, que estropeaban el modernismo de la cama, que era de las que no tienen balustrín a los pies.

—Necesitaríamos unas cortinas para que no entrase el frío por los balcones—opinaba ella.

—No, mujer—decía don Federico, enfilando sus dos pies sobresalientes y tiesos como inspectores orejados—. Basta un burlete... ¿Para qué andar ahora con cortinas, que después ne-

cesitan alzapauos, anillas y abrazaderas?

La esposa, cansada de aquella parsimonia del pies largos, lentos y pesados, se dedicó a las conversaciones ágiles con un primo suyo llamado Julián.

Don Federico no encontraba mal aquella familiaridad de Julián y Petra, debido, sobre todo, a que siempre los encontraba tan discretos y respetuosos, gracias a que Julián veía la puntera de los grandes pies de don Federico unos minutos antes de que aparecieran a través del repostero de la puerta.

V

Don Federico había ascendido en su carrera científica y política, y sus pies seguían ayudándole, yendo de un lado para otro y reflexionando al mismo tiempo que andaba y que su cabeza se permitía a veces contrarrestar y contradecir lo que los pies iban pensando.

El doble polo de su vida estribaba entre su cabeza y aquellos pies sabios y majestuosos.

Se lavaba con los mejores salistratos y tenía un pedicuro para que le limase los callos, pues no era lo malo el que le doliesen los pies, sino que cuando sus pies estaban dolientes su pensamiento resultaba anulado y le salían mal todas las sumas, y en las restas se comían demasiadas cifras.

Muy pocas veces se le dormían los pies, pero cuando se le dormían, quedaba en un estado cataléptico, del que no salía hasta que sus pies volvían a la razón.

Compraba todos los específicos, y sobre todo, esos que se dirigen a los que sienten una gran pesadez en los pies. Pero todo era inútil, pues sus pies eran pesados como el hierro y parecían dos morrillos que avanzasen.

Lo que cada vez se agolpaba más en los pies de don Federico, era la matemática, y todo lo que se relacionaba con la economía. Aquella absorción de sus pies resultaba tan inconcebible, que todos creían que sus citas y sus datos eran de segunda mano.

Sus jugadas de Bolsa eran célebres y habían enriquecido al Banco de tal manera, que habían multiplicado su capital. De vez en cuando el pintor del Banco añadía, muy sigilosamen-

te, un cero en la tablilla del capital social, y variaba la posición de las comas, que le venían de perilla a la gran cantidad.

Los accionistas decidieron nombrar director a don Federico, por como su labor aquilatada, sesuda, de hombre que camina siempre con los pies de plomo, había engrandecido el Banco.

Don Federico, de director atesoró más confianza en el Banco. Sentado en su gran mesa versallesca, que dejaba ver los pies a los grandes impo-



nentes, éstos dolían las cantidades por la fe que les producían los inmensos pies del director, incapaz de que se le fuese un pie en ninguna especulación arriesgada.

Esas señoras viejas y menudas que se aconsejan la una de la otra para arriesgarse en un depósito, al ver los suntuarios pies de don Federico se decían:

—Que gran director de Banco... Este no puede huir con los fondos.

—Y no sólo es que no puede—corroboraba la otra viejecilla—, es que sería descubierto indefectiblemente, porque la huella de sus pies es imposible de disimular.

Cuando hubo necesidad de lanzar un empréstito para mayor eficacia del Banco, corrió por toda la plaza el dicho de que lo que garantizaba aquella operación eran los pies de don Federico.

El caso es que con aquella portentosa garantía se cubrió tres veces el empréstito y hubo que reducir y prorratear las cantidades que se podían asignar a cada uno.

¡Qué gran fortuna la de sus pies! El mismo se los miraba con veneración cuando iba mesurado, siempre haciendo el catastro de sus paseos.

La sensación que daba, es que era el hombre que no puede empobrecerse y que siempre hará un camino seguro por los parajes de la vida. Viéndole pasar, se observaba al hombre

VI

Diputado de la nación, daba una gran robustez a sus opiniones cuando, recostado sobre la gran mesa del salón de conferencias y en pie, mostraba el amplio ángulo de su capacidad, formado por sus zapatos y su figura. Era como un cuadrante humano cuya actitud medía los sucesos y los debates.

Sobre todo los que se las daban de economistas temblaban cuando le veían entrar en el salón de sesiones. Les pisaba los talones nada más asomar, y eran sus pies sobre la alfombra del emiciclo, como las manillas del gran reloj de la expectación par-

lamentaría. Sus pies marcaban la hora del peligro y la responsabilidad.

Se sentaba siempre en los asientos que bordean el rodapié de la pista. En los escaños, sus grandes pies le estorbaban.

«Si supiesen—pensaba él—que toda mi ciencia asciende de mis pies y que soy el único que se ha puesto en relación con sus pies, encontrando en eso la máxima sensatez!»

Todo el país comenzó a sentir fe en don Federico, y se le señalaba como el hombre de la salvación. Quizás en el fondo aquella condición física de sus pies acrecentaba la esperanza. Antes habían esperado el salvamento del hombre de la nariz inmensa.

El jefe del Gobierno, deseoso de estabilidad sobre todo, fué mirándole con simpatía, y entró en la superstición de creer en los pies grandes. Cuando en sus miradas de arriba a abajo se encontraba con sus pies torpederos, como buques de la escuadra surtos pacíficamente en el puerto, sonreía, acariciando un proyecto que se iba animando en él poco a poco. Su mayor benevolencia era movida por aquellos pies estacionados sobre la alfombra, y que eran como contrapeso del Parlamento y como garantía de una legislatura larga.

Así llegó el día solemne del ofrecimiento de la cartera.

El día antes había herido de muerte al ministro de Hacienda demos-

trándole que se podía llegar al equilibrio y «estatu quo» del Presupuesto.

Sacando las conclusiones de debajo de los zapatos, don Federico dió la sensación de una estabilización profunda.

A las cinco de la tarde recibió una orden del presidente en que le ofrecía el Ministerio de Hacienda. Don Federico consultó con su esposa el caso, y los dos acordaron, por supranimidad, aceptar el cargo.

«Me han conducido al alto cargo—pensaba don Federico—mis pies cautos, lentos, que apisonan el camino que sigo y me inspiran en silencio.»

Sobre los créditos y las órdenes de pago que vuelan, iba a poner don Federico los pisapapeles formidables de sus pies. La nación no sufriría tanto despilfarro y el vértigo de la francachela.

VII

Todo el mundo estaba satisfecho en el país. Por fin había subido a las alturas un hombre llevado por su propio mérito.

Los empleados estaban muy contentos con él, porque cuando inspeccionaba los servicios sus pies le anunciaban y todos estaban trabajando cuando él aparecía.

Sólo el jefe de Negociado, don Práxedes Perálbez, pidió la excedencia, porque supo que don Federico había

dicho que si seguía así le iba a dar un puntapié. Horrorizado de la idea de un puntapié dado por aquellas botas, se fué a su casa.

Los empleados de los demás Ministerios también estaban entusiasmados, porque el ministro había prometido mejorar las plantillas. ¡Y con aquellos pies, qué grandes y rumbo-sas plantillas reorganizaría!

Debían ser su debilidad las plantillas bien dotadas.

Todo el mundo esperaba un «superávit» monstruoso, aunque hubiese desgravado el calzado y algunos otros productos de su predilección.

Cuando se paseaba a pie por los jardines, los padres le señalaban a sus hijos, diciéndoles:

—Que os sirva de ejemplo... Tenéis que hacer muchos pies. Ahí tenéis el triunfo de unos grandes pies... En esta nueva época hay que compensar así la cabeza.

Los niños daban más horas al balón para hacer pies, y su futbolismo se hacía más entusiasta.

Pero toda la historia del gran hombre de los pies grandes, acabó cuando, con su beligerancia excepcional, metió lo que más había y abundaba en él, es decir, en una palabra, metió la pata, tan superabundantemente, que el Presupuesto que le salió tenía un «déficit» de

15.672,483,561 pesetas!

